

neral Wool, segundo en jefe del ejército norte-americano en la Angostura: no hubiera resistido el general Taylor, más de una hora el ataque de Santa-Ana. Esa artillería la teníamos, pues según informe del general Anaya, nuestro Ministro de la Guerra, había al estallar la guerra contra los norte-americanos; «635 piezas de artillería, 100,000 proyectiles, más de 400,000 balas de cañón, é inmensos repuestos de cartuchería de fusil y pólvora en grano; pero al llevar lo ménos de artillería que pudimos á la Angostura, evidentemente que nuestros tácticos creyeron que los norte-americanos nos iban á disparar también jamones.

Ciertamente que el vigor físico del soldado no tiene la influencia que tuvo en las guerras anteriores al descubrimiento de las armas de fuego, pero hay dos armas artillería y caballería, en las que influye el vigor físico de los hombres y en la caballería es importantísimo también la corpulencia de los caballos.

* * *

Queda por resolver únicamente qué es lo que hace las razas pequeñas ¿el clima ó la alimentación? La temperatura no determina el tamaño de la raza, hay en Africa naciones de negros tan corpulentos como los rusos; el clima decide del color de la raza. Es la alimentación del hombre la que decide del vigor de su raza. Aun entre las razas del trigo, vemos diferencias debidas á la mala alimentación. Las razas del Norte de Europa y los suizos comen más carne y menor número de manjares indigestos que las razas llamadas latinas. El pueblo español no obstante que acompaña el trigo en su alimentación, se nutre mal y cuando el español come con abundancia su alimento es antihigiénico.

* * *

Aunque muy lentamente las razas aborígenes van desapareciendo en la América latina. Tenemos aproximadamente en las naciones hispano-americanas:

	Tanto por ciento de indios puros en la población.	Tanto por ciento de aumento de población en 40 años.
Nicaragua.....	80 %	16 %
Ecuador.....	72 "	25 "
Honduras.....	68 "	28 "
Salvador.....	66 "	38 "
Perú.....	60 "	12 "
Venezuela.....	60 "	42 "
Bolivia.....	60 "	51 "
Guatemala.....	55 "	58 "
Colombia.....	50 "	92 "

México.....	35 "	65 "
Brasil.....	5 "	100 "
Uruguay.....	3 "	100 "
Chile.....	2 "	95 "
Costa Rica.....	1 1/2 "	124 "
Argentina.....	incomparable	100 "

No he tomado en cuenta el crecimiento por inmigración y aun cuando las estadísticas que he consultado las considero muy deficientes; siempre hay datos para asegurar que el crecimiento de las poblaciones latino-americanas, está en razón inversa de la cantidad de indios puros que contienen. Tres causas muy poderosas de retardo en la procreación, acompañan á la mala alimentación de los pueblos hispano-americanos: El bajo jornal, el alcoholismo y el estado mental bárbaro.

Para que la reproducción fácil tenga lugar, es preciso que el padre de familia; goce de jornal suficientemente elevado para sostenerla en condiciones de buena salud y gran resistencia á las enfermedades. Un jornal miserable es un sepulturero de niños.

Del alcoholismo me ocuparé al tratar del trópico y no necesito esmerarme para probar que la falta de cultura en nuestras clases pobres, conduce al trato inhumano para los recién nacidos á quienes se somete á toda clase de imbecilidades paternas.

* * *

El indio va desapareciendo lo mismo que el criollo, reemplazados ambos por el mestizo. Cuál es el valor del mestizo como unidad social? Examinemos un poco sus componentes; el elemento español y el indígena.

No hay un tipo español que responda fielmente por sus caracteres, del pueblo ibero que aparece como una galantina de razas; el español original es el celtíbero puro que Tácito describe, como el guerrero pequeño, ágil, valiente, adusto, profundamente mercenario y ladrón. Sobre este fondo, el cartaginés depositó su pasión fenicia por el oro, su tendencia á especular con todo y para todo; su diplomacia de sirena y su hipocresía de divinidad caldea. El romano dejó caer durante quinientos años su frialdad para tiranizar, su necesidad de parasitismo, su rapacidad jurídica, su grosería de elefante, su hambre de plebe perezosa y su podredumbre para ungir césares. El godo trajo sus grandes virtudes privadas; el gusto por la monogamia, la ternura en la familia, la fidelidad conyugal, la lumbre limpia para el hogar, la aspereza en la patria potestad; la indigencia de facultades intelectuales, la credulidad bestial; la terquedad sin límite. El berberisco dió su superstición de nubio, su teología zoolátrica, su ferocidad, su rapiña, su sobriedad, su horror por el trabajo. El árabe dió una gran civilización desgraciadamente con alma teocrática y espíritu aventurero. Pero sobre todos esos sedimentos de diversos espesores, densidades y matices, el catolicismo asentó

sus grandes vicios; las órdenes monásticas encerraron á ese pueblo dentro de las más espesas tinieblas, le atrofiaron el cerebro, lo enseñaron á sucio, á perezoso, á limosnero, á parásito de todas las cocinas; la del Estado, la de la Iglesia, la de las colonias, la de las herederas ricas; le quitaron lo militar á fuerza de nombrarle vírgenes del paraíso católico como generales en jefe, y de guiarlo en los combates por la grupa del caballo blanco del Apóstol Santiago.

Con tan diversos elementos étnicos é históricos, fuera de todas las combinaciones posibles sociológicas, el pueblo español para equilibrarse hizo explosión y formó un siglo de grandes caracteres trágicos. El español modesto no pudo pasar de ser un *potruco* famélico con pretendidos relinchos de héroe, fabricante al menudeo tradicional de hazañas inverosímiles. Pero como es de rigor en todo laboratorio social, los pueblos más vanidosos son los que producen á los hombres más enérgicos para aterrorizarlos y humillarlos. En esos momentos los términos medios desaparecen, los extremos se ponen en contacto realizando una acción eminentemente artística. El valor de Pizarro asombra, pero impresiona más su infamia, cuando asesina al emperador Iuca, después de haberle hecho pagar su rescate y haberlo embolsado; Sofoclés pudo manejar á Edipo, pero su genio no alcanzó hasta concebir la maldad de Pizarro. Edipo es criminal por cuenta del fatalismo; Pizarro lo es por cuenta de la rapiña.

En la España del siglo XVI, después que la tiranía de Carlos V, exterminó á Sancho Panza y su raza; la lógica sin clima cerebral fué para siempre proscrita. El español industrial y honrado desapareció para dar lugar al imbécil feroz y al héroe furibundo; ambos con la vanidad de monarca de cafres. La gran talla del español, fué la del bandido que conquista y pone los piés de los príncipes en la lumbre para robarlos; fué la del poeta con lenguaje de maravilloso pájaro y con pensamiento de insecto, ensalzando el terror; la del teólogo haciendo matemáticas con horrendos suplicios; la del pintor revoleando la estética entre gesticulaciones de réprobos, vientres destripados y *serruchos* que cortan huesos y dividen tendones. Todos, grandes y pequeños tenían más ambiciones que los reyes y más demencia que los hidrófobos. La nota artística nacional era tan sonora, tan grande, tan explosiva por el contraste, tan potente por su conmoción, que mezclados en una misma época con Cortés, Almagro, Torquemada, Carvajal, Felipe II, Calderón, Lope de Vega, Loyola, Rivera, Alva, aparecen Cervantes, Santa Teresa, Quevedo, Murillo, Velázquez; mónstruos y artistas, pero ni un sólo hombre de ciencia; lo que prueba que toda aquella memorable acción, la engendraba la mentira.

Sobre esas olas del poderío español que chocan contra todas las naciones, que hunden todas las libertades, sujetan al naufragio la altivez feudal, y que cubren la vida europea con una capa de escoria que durará siglos, se levanta al fin la teocracia que derriba al gigante con el esfuerzo de *tenia*

virulenta, de longitud interminable. Después de producir España á sus héroes, dió otra forma más impúdica, más desleal y más funesta á su energía y produjo á los jesuitas.

España desde que se dedicó á la gloria hizo como todas las naciones conquistadoras, un pueblo andrajoso, hambriento, repleto de vicios. En los países militares que viven del parasitismo de las *conquistas*, no hay más que dos clases sociales: alcornocos famélicos y dioses sin virtudes.

España vió que con gobernantes militares desarrollaba en América el *condotierismo* y quiso que gobernase un funcionario en nombre del rey, apoyado por la hez del clero español, que á su vez era la hez de la sociedad europea, pero no debían gobernar á América, ni el rey, ni el Papa, ni los burocratas, el verdadero emperador de las colonias fué el abarrotero.

El comercio es una profesión inmoral en que se hacen prodigios de honorabilidad con la mala fe. Un comerciante es honrado cuando lleva sus libros con limpieza, paga á sus acreedores puntualmente y estafa vilmente al público cuanto puede, no siendo raro que también sea contrabandista. El comerciante al menudeo, de artículos que fácilmente se pueden adular ó falsificar, es un pontífice en materia de rapiña. Todas las legislaciones civilizadas castigan el abuso de confianza, excepto cuando lo comete un comerciante en artículos que no son de alimentación.

¡Cuán grande son las preocupaciones en el mundo civilizado! Comerciantes acribillados de multas como falsificadores de comestibles al grado de vender venenos, fungen en la sociedad sin restricciones, como tipos de esquisita honorabilidad. Los hombres que hacen honradamente su fortuna en el comercio al menudeo, me inspiran el mismo género de respeto que los piratas chinos.

En el comercio colonial, el abarrotero representa la hipocresía andrajosa de la maldad. Los comerciantes siguen á los conquistadores como los cuervos á las epidemias; mas el cuervo es correcto; espera que la epidemia mate. El abarrotero colonial es más que el inspirador de los asesinatos políticos, es el delator profesional de los que resisten á su rapiña é imbecil petulancia. Es el cuerpo abarrotero el que sirve en cubo de cloaca, la cantárida de todas las lujurias, al voluptuoso pretor de la Colonia; es el cuerpo abarrotero, el que excita á la tiranía, el que perfecciona verdugos, el que se rebela para hacer fusilar niños, el que inventa crueldades que horrorizarían á un inquisidor, el que traiciona á su patria á la hora de la rebelión, vendiendo armas y municiones á los rebeldes; es el que corrompe á los pretores, contrata para su nación desgracias, humillaciones, derrotas y el que no tiene más pasión, ni más fé, ni más dios, ni más patriotismo, que la busca del oro con el crimen y fundando vicios inauditos con tal de que puedan explotarse.

Cuando el fraile se conmueve al fin ante una gran desgracia, cuando el pretor soldado llega á llorar sobre un dolor sobrehumano, cuando hasta las

serpientes se desarman de su dardo mortífero sintiendo atacados sus nervios por alguna exclamación del sufrimiento; el abarrotero colonial permanece firme con la mirada en el oro, con la crueldad por todo sentimiento, con la bestialidad carnicera por toda idea. Este tipo sórdido, grasoso, mal oliente, bruto, agusanado por una avaricia sin fin, se le presenta á los colonos como el tipo caballeresco de la leyenda heroica española.

Cuando después de toneladas de memoriales, de súplicas respetuosas, de estadísticas elocuentes, de libros abrumadores, de censuras que surgen de todos los países civilizados; la metrópoli llega á comprender que el régimen colonial es el régimen del deshonor para ella y la colonia, cuando en virtud de esa convicción la corona imperial decide hacer á sus colonias una pequeña concesión de justicia, cuando decide refrescar las humillaciones con un débil soplo de benevolencia, cuando proyecta disminuir en un milonésimo de atmósfera la presión colonial; el abarrotero ennegrecido por una cólera de reptil y radiante de salvajismo se opone firmando en su insolencia ¡*Yo el Rey!* y entonces la metrópoli tiembla, su gobierno pide perdón, sus agentes en la colonia hacen una hecatombe para aplacar al dios irritado y el abarrotero triunfante gira algunos kilos de oro, para comprar en la metrópoli la cantidad de ministros, arzobispos, generales, legisladores y príncipes; necesaria para destituir al pretor, ratificar la opresión y aumentar los privilegios por medio de nuevas leyes, que prohiban en la colonia, la agricultura, la industria, la decencia, el arte, la dignidad y sobre todo, que prohíban saber leer, escribir, pensar y que hay en el mundo otras naciones además de España.

Más que el clero, más que los funcionarios ineptos ó corrompidos, más que todos sus vicios tradicionales, más que las armas de todos los capitanes que han vencido á España; la han aniquilado sus abarroteros coloniales; Horrible tipo *sub-humano* cuya paleontología se encuentra en el terreno volcánico de la conquista encomendada por la suerte á pueblos bárbaros.

Es el abarrotero con todos los vicios de su pasado, mas los adquiridos por el hecho mismo de la conquista, y sin ninguna de las grandezas legendarias de la España militar, quien se encargó de civilizar la América. Ni las leyes de Indias, ni los frailes virtuosos como Las Casas, ni virreyes inteligentes y honrados como Casca y Mendoza, pudieron hacer cosa alguna contra el abarrotero. Los latino-americanos debemos solo un gran servicio al abarrotero; al obligarnos á odiarlo, nos enseña á amar la libertad con furor, con pasión, yendo hasta la anarquía. El abarrotero es culpable de la sangre que aún se derrama en nuestra América.

La tiranía del abarrotero es un hecho especial, moderno, extensamente sensacional. En la antigüedad se conocieron como despotismos, el teocrático, el césareo, el oligárquico y el demagógico. El despotismo teocrático tuvo imperante fundamento en los dogmas de ardiente fé; el cesarismo vive con el poder de la victoria que impregna á los pueblos de fuerza efímera y

de glorias dolientes; la oligarquía emana de la riqueza industrial de una clase, dotada de elevadísima ilustración; la demagogía es un relámpago de autoridad producido por un choque deslumbrador de utopías y palabras que ilumina siempre el caos de siniestras anarquías. Detrás de cada despotismo clásico, hay algo grande, algo de verdadero, algo de suntuosamente humano, algo de impulsivo hacia un objeto noble, lógico ó fantástico.

Pero el despotismo abarrotero colonial tiene de horrible que está formado por una plebe pastoril y agrícola, sin ideas, ni sentimientos sugeridos por tribunos sabios ó artistas de palabras, que modelan paraísos. Las plebes tempestuosas que aterraban á la república romana senatorial y las que querían comprar en Francia á fuerza de sangre, la libertad en 1793, eran muy superiores á esas manadas de pastores ó jornaleros españoles que emigraban á las colonias, broncos, sin idioma, sin conciencia de hechos generales, sin imaginación, sin instintos de progreso, sin belleza en sus aspiraciones, sin inteligencia para concebir alguna utopía opaca, sin haber escuchado grandes mentiras ni grandes verdades políticas; sin haber sido frotados por doctrinas y excitados con promesas de universal justicia y bienestar. Si las plebes demagógicas son horribles, las plebes de bestias campestres son ignominiosas, lastiman la vista en la historia y el corazón cuando se las recuerda. Las plebes demagógicas duran en acción lo que las tempestades, mientras las *plebes abarroteras* han gobernado más de trescientos años á España con la corrupción y á la América latina con el terror y toda clase de prostituciones. Una plutocracia de palurdos feroces, reinando siglos sobre millones de hombres, es una mancha indeleble para esos hombres. La Roma imperial no conoció la humillación de ser gobernada ella y sus colonias por la clase bestial de la sociedad que llega á la fortuna no por el deber y la inteligencia sino por privilegios enormes y maniobras criminales capaces de convertir á un sapo en semi-dios. La Edad Media, tampoco conoció ese cetro de grasa, de sangre, de basura, de rapiña desvergonzada, que arregla los pliegues de la *púrpura imperial del abarrotero*; en ninguno de los círculos de la Divina Comedia, la humanidad sufre por la avaricia inmundada de los abarroteros coloniales. Ni en la dominación española en Flandes, en Italia y en Portugal aparece el abarrotero imperial como señal de abyección de los dos pueblos que tiraniza; el conquistador y el conquistado. Ninguno de esos pueblos hubiera sufrido la tiranía abarrotera seis meses; por mucha menos vergüenzas hicieron su independencia. Solo las razas tropicales, las del maíz y las del arroz, han podido aguantar siglos un gobierno de bestias podridas y sanguinarias; la peor tiranía para un hombre es la de un animal salvaje. Mientras en el mundo no se conoció el maíz y el arroz, la humanidad no pudo deshonorarse por un despotismo que las hordas africanas monárquicas no han sufrido, ni hubieran aceptado sufrir. Menelik tiene algo de noble, tiene la piel de un gobernante y la gloria limpia de un guerrero; los títulos de gobierno de los aba-

rroteros, significan el último grado de abyección en los pueblos que lo soportan; es imposible que un pueblo sometido por centurias al cetro abarrotero pueda hacerse demócrata inmediatamente después de su independencia.

España prácticamente delegó los poderes del cielo y de la tierra al abarrotero para que *!!!civilizase!!!* á la América. Las leyes de Indias fueron como un exordio de algo que no debía existir. La obra como se sabe fué digna de su autor.

* * *

El indio es desinteresado, estoico, sin ilustración; desprecia la muerte, la vida, el oro, la moral, el trabajo, la ciencia, el dolor y la esperanza. Ama cuatro cosas seriamente; los ídolos de su vieja religión, la tierra que le da de comer, la libertad personal y el alcohol, que le procura fúnebres y sor-dos delirios. Es un hombre que debía vestir una mortaja y regalar sus magníficos dientes, pues ni ríe, ni habla, ni canta y casi ni come. Job en su muladar es un vociferador de color socialista, el indio en el suyo, es el verdadero Job con aspecto taciturno y ateo. ¿Para qué la imprecación sino hay cielo más que para los conquistadores del indio. La lengua del indio nadie la entiende y él no quiere hablar la de sus verdugos? ¿Para qué trabajar si nada puede ser suyo? Acabó de pillarlo el conquistador y siguió el fraile y cuando el fraile acaba, continúa el cacique y cuando se ahorca al cacique, lo expolia su ayuntamiento, su amo, su tinterillo, cualquiera; el indio es de todos los que quieran dominarlo. El indio solo tiene una gran fiesta; *el velorio*: la presencia de la muerte lo alegra, lo hace danzar, en las tomainas del cadáver aspira todo un apocalipsis: el muerto gestoso, verduoso, papuloso, es la *chef-d'œuvre* del banquete, el canto tiene el compás de la canción cananea, monótona, igual, insufrible; sonando á gota de agua sobre plancha de fierro incandescente. No hay en esa gran fiesta, la turbación religiosa, ni un miedo solemne, ni la crispadura de la duda en las pupilas, ni los tonos lívidos del dolor en los semblantes; hay una estupidez báquica que babea alegremente entre sonrisas afónicas dos embrutecimientos; el de la tradición y el del aguardiente.

El mestizo vulgar ha heredado bastante de esa rapacidad del español que fijaba la atención histórica de Tácito. Es fanfarrón y valiente como el español, pero no es supersticioso, ni potruco, ni semidios, ni pregona fidelidad al rey, á la dama y á Dios. El mestizo es prácticamente polígamo, infiel á todas sus damas, á sus dioses y á sus reyes. Es un espíritu barbaramente escéptico, amante del espíritu galo, desinteresado como el indio, con una gran virtud, nada, ni nadie le produce envidia. No tiene más aspiración que *la de ser muy hombre*, aun cuando sea un hombre muy desaseado hasta tocar el *diogenismo* ibero. No ha heredado del español las cualidades visi-

góticas de excelente aunque intratable marido y amante cariñoso de sus hijos. El mestizo tan pronto como gana cincuenta centavos diarios, mantiene cinco hogares para el culto del amasiato, ignora cuantos hijos ha tenido y conoce á muy pocos. Adora los derechos del hombre sin saber que es la justicia; ama á su patria y tiene el sentimiento de lo que es una gran nación; es fiel como un árabe cuando promete pelear é informal como un astrólogo cuando ofrece saldar sus deudas. En materia de dinero, ni cobra, ni presta, ni paga; odia la usura, el jabón, el uso interno y externo del agua, los peines, la economía y á los gachupines (nombre que da á los españoles). El mestizo es anti-clerical, jacobino sin apetito sanguinario: se burla de los frailes sin aborrecerlos y le entusiasma todo lo que es novedad, progreso, osadía, civilización. Tiene en general, muy buenas facultades intelectuales y hubiera avanzado mucho, sino amase el alcohol tanto como el indio, vicio que no es común en el español.

El mestizo es susceptible de gran civilización, si sabe combatir en él el alcoholismo y lanzarle junto á otro *obrero* trabajador, que lo ponga en la alternativa de perecer ó trabajar. Es decir, al mestizo lo puede fácilmente salvar el Estado y la inmigración. El porvenir irrevocable del indio lo explico al final de este libro.

